

Las sinrazones del aborto XIV

El respeto incondicional a la vida: pilar básico de la sociedad

Nada hay más peligroso en una democracia que el abuso estratégico del lenguaje con fines de manipulación de la opinión pública. El lenguaje posee recursos suficientes para orientar a capricho la trayectoria intelectual de las gentes poco avezadas a cuestiones metodológicas. No es difícil, si se movilizan con cierta astucia demagógica los recursos estratégicos del lenguaje, dominar intelectualmente a un pueblo. Pero lo que se tiene en un puño tras la manipulación ya no es un *pueblo*, sino una *masa*, un montón amorfo de individuos carentes de estructura. La *masa* está a merced de los afanosos de poder. La masa es un pueblo en estado de extremo desvalimiento. De ahí que constituya un contrasentido afirmar que se intenta favorecer a las gentes y movilizar para ello un lenguaje que utiliza la unilateralidad como arma estratégica.

Necesidad de abordar los problemas de forma integral

Frente a los planteamientos unilaterales, se impone un análisis integral de la cuestión del aborto.

El que defienda cualquier tipo de despenalización del aborto está obligado a demostrar que éste no constituye un tipo de delito que deba ser sancionado por el Estado con el fin de velar por los bienes básicos del pueblo. No basta montar una campaña de desprestigio de los adversarios de tal medida. Algunas argumentaciones de éstos debieran, sin duda, estar articuladas con mayor precisión. Aunque este fallo se diera en todas, ello no eximiría a los proabortistas de la obligación antedicha.

El Estado debe velar por la conservación de todo aquello que constituye un bien inalienable de la sociedad. Los bienes mayores son aquellos que hacen posible la existencia de los hombres porque constituyen los pilares en que se asienta la vida en común. *Uno de estos pilares es el respeto incondicional a la vida humana.*

Como sucedió en muchos otros aspectos de la existencia del hombre, también en éste se dio un proceso de maduración. A lo largo de los siglos, la Humanidad ha ido depurando su concepto de lo que es la vida humana, el enigma impresionante de su origen y sus virtualidades de todo orden. Este ahondamiento se tradujo en un respeto absoluto a la vida y la consiguiente renuncia a disponer de ella, aun en el caso de personas que atentan contra la misma. La tentación de disponer de la vida humana, de ejercer sobre ella alguna forma de manipulación es tanto mayor cuanto más alto es el grado de conocimiento técnico.

Es urgente poner límites a la libertad de maniobra

Son numerosos y muy cualificados los pensadores que desde hace algunos años subrayan la necesidad de dotar a la humanidad de un antídoto contra la voluntad de manipulación. La gran barrera frente a este riesgo es la actitud de respeto incondicional, absolutamente inquebrantable, hacia la vida humana. Si se aceptan como válidas algunas razones para dispensar al hombre de tal actitud, se abre una brecha en dicha barrera, y el hombre queda inerme frente a la creciente ansia de dominio.

Téngase en cuenta que la voluntad de seguridad, de dominio, de bienestar y goce va en

aumento, y para ser saciada se requiere *libertad de maniobra*. Si no se marcan juiciosamente los límites de tal libertad, para hacer posible la auténtica libertad -que es la *libertad para la creatividad*-, los hombres más débiles sucumbirán a lo que se ha dado llamar el «estado de necesidad» de los más fuertes y ambiciosos.

Si la despenalización del aborto encierra este riesgo, lo lógico es poner en juego todos los recursos de que dispone hoy la humanidad para solucionar los problemas que plantea a veces la concepción. Resulta sorprendente que personas inteligentes, que no pueden ignorar los peligros abismales que entraña el afán de manipulación, propongan como única salida el aborto, sin aludir siquiera a la existencia de otras posibilidades de solución que no presentan riesgos y ofrecen inmensas ventajas.

Sopesadas las ventajas y los riesgos -a corto y, sobre todo, a medio plazo- queda de manifiesto que no cabe defender la despenalización del aborto como un “mal menor”. *No hay mal que sea superior al que implica la voladura de ese pilar de la vida social que es el respeto absoluto a la vida humana*. Si, en vez de amenguar esa actitud de respeto, se la incrementa, se hará más fuerte en personas y grupos el espíritu de lucha por la salvaguardia de los derechos humanos *en todos los frentes*.

Toda persona medianamente informada sabe que, al hablar de cigoto, de embrión y de feto, se alude a un proceso vital que, si no es anulado por alguna causa o agente, dará lugar -por autorregulación y en virtud de sus internas potencialidades- a un ser humano plenamente desarrollado. Se trata de un proceso lleno de virtualidades creativas que, al cabo de cierto tiempo, florece en esa realidad que llamamos *persona humana*. (Resulta impresionante, a este respecto, leer atentamente los tratados sobre filosofía de la vida humana de la fenomenóloga alemana Hedwig Conrad-Martius).

Hoy sabemos, por la biología, la filosofía y la antropología, que necesitar largo tiempo para constituirse y adaptarse al medio no es una característica propia de un ser defectuoso, sino de un ser sobremano complejo, llamado a desarrollar su existencia en un “mundo”, no sólo en un “entorno” (“milieu”, “Umwelt”). Para tener “mundo” hay que conjugar, en la relación con los seres circundantes, un modo de inmediatez con uno de distancia, a fin de fundar un campo de juego. El hombre tarda en constituirse y en adaptarse al medio porque es un ser *lúdico*, eminentemente *creador* en múltiples aspectos. La ciencia contemporánea ha descubierto con asombro que el proceso de gestación es un proceso unitario, autorregulado, que no puede entenderse rectamente si no se lo estudia como orientado hacia la figura cabal de la persona humana, como suele subrayar el destacado biólogo Adolf Portmann.

A mayor desconocimiento del enigma de la vida, mayor prudencia se necesita

La filosofía de la vida está todavía en mantillas. De momento no podemos precisar con el rigor que quisiéramos ciertas cuestiones básicas, pero sabemos bastante más de lo que se desprende de ciertas proclamas a favor del aborto. Nuestros conocimientos son suficientes para poder afirmar con toda decisión que un ser vivo de condición humana es, en todos los momentos de su decurso vital, una realidad alejada años luz de la condición de *objeto*, de medio para un fin, de mero fenómeno biológico infrahumano, y debemos guardarnos de *disponer* de él arbitrariamente.

El hombre puede disponer libremente de los productos de su esfuerzo *artesanal*, pero no de lo que es fruto de un diálogo *creador*. La manipulación de lo humano es una desmesura típica de países que, en ciertos aspectos de la vida, se dejan llevar de la tentación de conceder primacía a la *civilización* sobre la auténtica *cultura*. El espíritu de manejo interesado de todas las realidades -actitud que, en algunos momentos irreflexivos y eufóricos, parece promocionar los valores vitales- es, en definitiva, el que acaba inspirando las distintas formas de extrema violencia.

En un proceso vital -como el humano- tan lleno de enigmas para su interpretación filosófica como rebotante de poderes creadores que sobrecogen por su grandeza a los especialistas, debiera el hombre guardarse mucho de intervenir hostilmente. Hoy día nadie puede estar seguro de que en tal o cual momento de la gestación no se trata de un ser *humano*, por muy a medio camino que se halle de la configuración plena de su ser personal. Con términos de Xavier Zubiri, podemos decir que la «personalidad» es la *figura* que va cobrando la “personeidad” (un ser dotado, básicamente, de condición personal) a través de los actos realizados por el yo. Un ser dotado de “personeidad” tiene «personalidad» *en potencia* -si se quiere utilizar esta expresión clásica-, pero dispone ya *en acto* de condición personal, y ésta no es “pura biología”. Si lo fuera, el hombre no podría superar la fijación del animal en los estímulos e iniciar un proceso de aprendizaje en todos los órdenes.

La menesterosidad de nuestros conocimientos sobre la génesis del hombre debe traducirse en actitudes de respetuosa prudencia. De ningún modo legitima una absoluta *libertad de maniobra*, sea cual fuere la moral que uno profese.

Alfonso López Quintás
Miembro de la Real Academia Española
de Ciencias Morales y Políticas